



temas de hoy

Novela

249 g

53 231 palabras

Yo no sé de otras cosas

Elisa Levi



ELISA LEVI
YO NO SÉ DE OTRAS COSAS

© Elisa Levi, 2021

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-9998-885-6

Depósito legal: B. 13.151-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

RUMIAR

Le digo que yo no sé de otras cosas, pero sé que por ese camino solo hay bosque. El señor me contesta: «Es por ahí». ¡Que no, que no, que no, que se va usted a morir si va por ahí! Si quiere le indico o le llevo hasta su perro, le insisto. «No hace falta», me dice él. Y yo le digo: «Aquí los perros que no comen siempre van al mismo sitio». «Es por ahí», me repite. Que no, que no, que no. Le paro con la mano porque yo sé que quienes se adentran en el bosque no salen. No llegan a ningún sitio y se mueren. Se cansan y se deshidratan. Se cansan y se mueren de frío. Se cansan y ya la vida no les enseña ningún camino. Le tiro del brazo y le explico. Le explico que yo soy más de aquí que nadie, que soy joven pero que yo este lugar me lo conozco porque tengo historia. Que si quiere yo le cuento, le digo, que yo perdí a una perra cuando era más pequeña y estaba donde las liebres.

Usted no lo sabe porque a saber de dónde viene usted, pero en este lugar los perros perdidos van al olor de la comida y los dueños de los perros tiran al bosque desesperados. No sabe a la de gente que he visto yo no volver de las landas. De verdad, usted de esto no sabe nada, pero este bosque no se cruza. Y me fijo en que el señor respira cansado y que de su frente caen goterones que podrían llenar los pozos de por aquí. Su cara hace que me salga la emoción y pienso que a él sí podría contárselo. Po-

dría contarle que me voy, que he decidido que me voy de este lugar chiquito. Y de pronto empiezo a ver a este señor despistado, perdido, como la única persona en el mundo que podría entenderme. Sí, él y solo él puede entenderme.

Mire, le digo mientras le siento en el banco donde estoy apoyada para que descanse, porque aquí, en este banco, da la sombra siempre y este señor, como siga transpirando así, se me muere sin haber encontrado a su perro. Mire, le digo, mi perra se perdió un domingo de verano y mi hermana, que tiene la cabeza hueca porque cuando fue a nacer el aire no le entraba, lloró de una manera diferente. Nora solo llora por los dolores del cuerpo. Si la pellizcas, llora, si su estómago ruge, llora. Pero de amor, de soledad, de pena, de eso mi hermana no llora. Y aquel domingo de verano lloró porque la perra no volvía y mi padre dijo: «La perra está donde las liebres muertas». Y Nora lloró menos, ¿sabe? Aquí, las liebres muertas se apilan. En este lugar, los animales que se mueren se quedan amontonados y levantan un olor horrible. Verá, señor, yo de olores no sé, porque yo no he olido nunca, como mi madre, que ella dice que algo olió de adolescente, pero yo no he olido nunca nada. Y es una pena, porque dicen que los tomates de por aquí se huelen a kilómetros a la redonda. Pero yo de olores no sé, como usted no sabe de perros que se pierden por aquí. Nosotros sabemos de otras cosas. Tengo que decirle que, cuando llegamos, la perra estaba muerta. Y mi madre vio la sangre caer de la boca de la perra y soltó: «Ha debido de ser un lobo».

Pero yo sabía que había sido Esteban, que vive enfrente de donde se apilan las liebres, porque es un señor de gatillo fácil y los lobos por ahí no suelen ir. Esteban me mató a la perra y yo quería matarle a él por haber hecho llorar a mi hermana. Pero usted no se preocupe, usted aquí tranquilo,

que su perro está llenándose el estómago y en seguida le veremos por aquí husmeando. Que los perros no son como yo, hágame usted caso, que yo soy más gato, que ellos huelen y te buscan y te cuidan. Usted descanse aquí conmigo que tiene la camisa empapada en sudor. Ya verá como el perro se acerca.

El señor y yo nos quedamos mirando el bosque y yo le noto cómo suda. Si tiene calor quítese la camisa, que igual su perro tarda en venir, le digo. Solo necesito descansar un poco aquí y luego tiro por ahí a buscarle, me dice. Que no, que no, que no, le digo, no insista, de verdad, que no le confunda mi cara de cría, que yo tengo los diecinueve muy bien puestos y sé que a los que se adentran en las landas se les hace de noche. Este bosque es traicionero, como el río cuando baja rápido. En estas landas no hay caminos y el cortafuegos queda lejos. Los viejos dicen que, si lo atraviesas todo, llegas al mar, aunque yo creo que no. Pero yo de norte, sur, este y oeste no entiendo. Yo sé de otras cosas. Aquí la gente mira el musgo para saber en qué dirección está o se acuerda de por dónde sale el sol y por dónde entra la luna. A mí, el sol siempre me pillaba de sorpresa por la izquierda y a veces por la derecha. El bosque es peligroso, ¿sabe? Ni la guardia civil busca a los que se pierden porque no quiere entrar en las landas y aquí guarda forestal no tenemos, porque estamos tan remotos que no le interesamos a nadie. El bosque lo creó la naturaleza para tenerle miedo, para que la gente tenga presente la muerte, la desaparición, la oscuridad, porque, cuando te adentras en él, dejas de ver el sol y solo tienes penumbra y da igual el musgo o las brújulas o la orientación o la buena memoria, el bosque engulle como los conejos con hambre.

Usted va a dejar a un perro huérfano si no me hace caso, señor. El señor se quita la camisa y su piel desprende calor. Tiene el cuerpo arrugado, pero no creo que supere los sesen-

ta. Saca el móvil y rechista. En este pueblo casi no hay cobertura, en el Pueblo Grande sí que hay, pero aquí la cobertura se pierde, ya le digo yo a usted que esto es el fin del mundo.

Espero que no le importe que fume, le digo. Y el señor ni me mira ni me contesta. Si quiere le puedo dar un poco, es tabaco con un poco de hierba, porque Marco me la dejó anoche en la puerta de mi casa. A veces lo hace y a mí me gusta venir aquí a fumarla, porque cuando fumo la hierba de Marco y miro al bosque, me imagino que las landas no existen y que puedo ver todo lo que está del otro lado. Pero el señor ni dice nada ni me mira.

Hace calor para ser uno de enero, ¿verdad?, le digo. Y él me dice, hace calor para ser uno de enero, sí.

En este pueblo verde el calor ya no saca a nadie a la calle, le digo, solo a Juana, que llora todavía por su hermano y, cuando yo paso a por el pan, siempre cojo una barra para ella, porque ya no quiere comer. Yo suelo decirle: «¡Juana, que Dios aprieta, pero no ahoga!».

No sabe usted la pena que da verla sola, fuera, en su silla, porque saca a la calle también la silla vacía de su hermano. «¡Juana, el tiempo todo lo cura menos la vejez y la locura!».

le grito yo con alegría cuando la veo. Y ella ríe. Y siempre le dejo la barra de pan en la silla vacía de su hermano para que sepa que la muerte es solo un día, no toda la vida, y que donde antes se sentaba su hermano, ahora se pone el pan y no pasa nada.

El señor me mira y le digo que tengo la edad que tengo, pero que yo ya sé que la muerte va así. Que los que mueren no se llevan la alegría, le digo. Que los que se mueren no se llevan nada, que la muerte son cuatro lágrimas y un dolor de pecho, pero que la vida sigue para los que nos quedamos. Y las lágrimas, en cuanto abandonan el ojo, se convierten en agua. Y el señor se ríe, pero yo creo que se ríe porque no

quiere pensar en la muerte de esa manera. Este señor no sabe de nada. Usted no sabe adónde ha venido a parar, usted no sabe nada de este pueblo. Déjeme que le explique, que tenemos tiempo, que si usted se queda aquí conmigo su perro acabará volviendo. Los perros siempre vuelven. Pero usted de este pueblo no sabe nada. Y el señor me mira, pero yo miro el bosque.

El señor transpira como un cerdo al que van a degollar.

No tengo agua, señor, pero si quiere puede apoyar su cabeza en mi hombro. Javier suele hacerlo, le digo. Lo de poner la cabeza en mi hombro, me refiero. A veces yo le toco la cara cuando lo hace. Pero yo a usted no le voy a tocar la cara. En el pueblo dicen que hablo mucho y cuando fumo la hierba de Marco me da por hablar más. Pero a usted, que ahora tiene tiempo, igual le apetece escucharme.

Aquí no viene mucha gente, ¿sabe? Y al señor se le acelera la respiración. ¿Sabe, o usted tampoco sabe de esto? Y el señor me mira y me dice que la verdad es que no sabe cómo ha llegado hasta aquí, a orillas de este pueblo pequeño, perdido. Usted se ha perdido con su perro y ahora su perro le ha perdido a usted. No se preocupe, le pasa a la gente que no conoce la zona.

¿Y tú qué haces aquí?, me pregunta el señor. Esperar, le digo. Espero a su perro perdido con usted. El señor suspira y yo estoy segura de que suspira porque siempre es mejor esperar con alguien. Si llega usted a perderse mañana a mí no me encuentra aquí. ¿Que qué hago aquí, quieta, a la sombra? Esperar a su perro y rumiar, como las vacas, señor. Rumio todo lo que he pensado que voy a hacer mañana. Fíjese, señor, igual yo espero con usted a su perro y usted me acompaña en esta tarde rara de primer día del año. Y miro al señor, pero él mira el bosque.

No sé cómo ha sido su vida, le digo, o cómo amaneció esta mañana, pero yo amanecí y la tripa me ardía. Me ardía y me ardía como arden los hierbajos con este calor de enero, tan raro. Pero no se crea usted que esta es la primera vez que siento fuego en la tripa. Ni se atreva a decirme que mi tripa arde por la hierba y el tabaco. Que mi tripa arde desde hace tiempo, pero esta mañana he amanecido y he entendido la razón de mi ardor. Rumio, señor, rumio lo que haré mañana.

Si Javier estuviera aquí, sentado con nosotros, le llamaría a usted *duende*, porque usted, señor, de aquí no sabe nada y Javier, a los que están de paso en este fin del mundo, les llama *duendes*. Porque los duendes nunca se quedan, siempre se van o desaparecen. Me gusta Javier porque me gustan los hombres que tienen poco de tristes. Usted, por ejemplo, le digo al señor mirando la caída de sus ojos arrugados, usted, por ejemplo, no ha sonreído ni un segundo, usted de triste tiene mucho. Pero Javier sonríe todo el rato. Cuando entra en el ultramarinos de mi madre me alegra la mañana y les digo a los clientes: «Aquí viene el guapo que quiero que me quiera». Y me contestan: «La suerte de la fea, la guapa la desea». Y yo me río y me río y, a veces, hasta canto, y cuando viene mi madre a atender conmigo me dice: «Ya cantarás menos, ya cantarás menos». Pero yo le insisto: «Mamá, baila que en casa ya no bailas». Y mi madre me dice: «Quién tuviera tu juventud, mi Lea Pequeña». Porque en el pueblo somos la Lea Grande y la Lea Pequeña. Y yo le grito con alegría: «¡Que la Pequeña tenga la suerte de la Grande!». Pero muy dentro de mí nunca he querido tener la misma suerte que mi madre. Yo quiero ver el mundo, ¿sabe?, y encontrar un trabajo en la ciudad. Y ganar dinero y gastarlo en lo que lo gasta todo el mundo: en planes, en extraescolares para mi futura hija, en vacaciones en otros países, en tecnología. Yo quiero vivir en una isla, pero en una

isla sin bosques, con una vegetación muy pobre, casi desértica, y con oportunidades. Y decirle a la hija que tendré algún día: «Hija, deja eso ya, que estás todo el día pegada a la pantalla». Lo que yo sé también sirve en otro sitio, ¿sabe?

Cuando el calor aprieta no hay quien pasee por las calles secas de este pueblo, por eso ha hecho usted bien en querer esperar aquí conmigo. ¿Usted tiene hijos? No tiene pinta de tenerlos. Y el señor me mira y sonrío. No, no tiene usted hijos. Lo suponía. Yo, si algún día tengo una hija, no voy a dejar que conozca a los conejos. La dejaré ordeñar, porque cuando ordeñas aprendes a ser agradecida en la vida. Agradecida con los animales, no con Dios y esas mentiras. Pero ella no conocerá a los conejos porque no hace falta que conozca la amargura de la vida, no al menos mientras yo la cuido. Además, mi hija nacerá en la ciudad y comerá productos procesados porque los niños de ciudad los comen y yo, que seré madre de ciudad, me quejaré y pediré en las reuniones de padres que revisen la dieta del comedor, que yo que vengo de pueblo sé que la longevidad tiene que ver con la comida. Pero todo será una interpretación, no se crea usted, como si fuera una actriz, porque a mí no me interesa que mi hija sea muy longeva, que la vida a cierta edad se vuelve incomprendible. Basta con echar un vistazo a los viejos de este pueblo, que ya no entienden de nada. Rumio, señor, rumio porque me arde la tripa. Y el señor me mira, pero yo miro el bosque.

Discúlpeme si a veces hablo muy deprisa, pero tengo una presión en el pecho que me acelera las frases y, además, con este calor se me seca la boca. Mi madre dice que este calor es por lo que echan los coches y que son el mal del mundo, y el bosque, el mal del espíritu. A mí me gustaría trabajar en el Ayuntamiento. Y prohibir los coches. No seas ingenua, me dicen a veces, que aquí valen más tus manos. Pero yo sé que

lo que vale de verdad es mi cabeza, porque una vez vino al pueblo una televisión a grabar un reportaje para la autonómica y hablé a la cámara sin miedo y con convicción. «Si funciona, lo mandamos a la nacional», me dijo el chico. No sé si funcionó, porque para cuando lo iban a emitir, aquí atacaron las tormentas y nos quedamos un mes aislados. Cuando vinieron los de la tele nos hicieron unas preguntas a Catalina y a mí y ella se quedó callada, pero yo dije las cosas que necesitábamos. Mi cabeza vale mucho porque pienso muy rápido y sé aprovechar los momentos. Y dije que necesitábamos que nos dieran más dinero para poner un ambulatorio como Dios manda, que aquí son todos viejos y el médico viene solo una vez cada dos semanas. Dije también que necesitábamos un mejor transporte, que solo pasaba un autobús dos veces al día. Que por favor arreglasen la carretera comarcal y que nos pusieran un autobús directo a la playa, que estando tan cerca del mar todos los privilegios se los llevaban los turistas, ¡usted se cree! ¡Si ese mar es más nuestro que de nadie! El chico del vídeo me dijo que el reportaje se llamaba *La nueva España vaciada* y yo dije, mirando a la cámara, como miran a cámara las actrices, que de vaciada nada, que vieran qué vivos estábamos. Que vacío era el estado natural del bosque, pero que aquí la España estaba muy llena todavía. Pero perdóné pronto al chaval porque me dijo que me parecía a una actriz, una actriz de otro lugar. Me dijo el nombre, pero yo de nombres de otros lugares no sé. En mis peticiones añadí un capricho que luego le hizo reír a Javier. Quiero que este año a las fiestas de verano venga el grupo que canta la canción que dice *sin ti no soy nada una gota de lluvia mojando mi cara*. Javier reía y reía y que cómo has dicho eso, me dijo. Y yo le dije que era un regalo para él, porque la primera vez que le dije que él me gustaba sonaba de fondo.

Pero no, lo que yo quiero contarle a usted es otra cosa. Yo quiero contarle por qué, si su perro se perdiese mañana, usted ya no me encontraría aquí, a la sombra. ¿A usted nunca le ha pasado que la vida se le enreda? Pues a mí la vida se me ha enredado, se me ha hecho un nudo que no sé cómo deshacer. Rumio, señor, rumio lo que haré mañana. Que en este pueblo la vida se me va a hacer larga y cuando la tripa se queja es porque hay una decisión por tomar. ¿Usted cree en el fin del mundo?, le digo. Y el señor cierra los ojos para reírse. Y su carcajada suena fuerte y a mí me retumba en el oído. Yo me río también, pero porque soy de risa fácil. Que sí, que sí, que sí, le digo. Y el señor se seca la humedad de los ojos con la camisa. ¿Ve los crespones que cuelgan de las ventanas de todas las casas del pueblo? Cuelgan por el fin del mundo, señor.

El uno de enero del año pasado mi madre abrió el ultramarinos y los vecinos se apelotonaron en la tienda, le empiezo a contar al señor, como si fueran moscas en el hocico de un caballo. Iban y venían como locos, agitados. Y mi madre escuchó aquello de lo que hablaban todos. «Al parecer, se acaba el mundo este año», vino a decirme, y yo reí, como usted se ha reído ahora, y le dije a mi madre: «¡Ya no saben qué inventar en este pueblo!». Pero mi madre tenía una duda que invadía su cara y yo con alegría le dije: «Mamá, tú no te creas eso, que eso son invenciones de otros lugares, estamos tan remotos que hasta el fin del mundo se olvidaría de nosotros». Pero cuando lo dije, mi tripa ardió por primera vez. Y me ardía como ahora, un año después, como si un loco hubiera prendido sus propias tierras. Pero entonces, al día siguiente, dos de enero, vino Catalina y, mientras limpiaba a las gallinas del patio, me preguntó que si había oído eso del fin del mundo y yo le dije que sí, pero que, a palabras necias, oídos sordos.

Y de nuevo mi tripa dando vueltas. Y ella se quedó pensativa y yo le dije que mirásemos a ver qué decían en el Pueblo Grande, que en nuestro pueblo internet da para poco. Algo encontramos de los mayas, pero yo en seguida supe que todo era una mentira, que no era más que un absurdo invento, pero la gente empezó a tener miedo y solo se hablaba de eso.

En los sitios pequeños, señor, la gente necesita creer para llenar los días. Y llegó un día en que un vecino dijo que sí, que en otros países lejanos, lejanos, lo creían tanto que sus habitantes se empezaban a volver locos. Y entonces otro se levantó una mañana y nos dijo que su hija, la que vivía en la capital, le había dicho que allí también se rumoreaba. Y una mujer vino al día siguiente y nos dijo que había leído en el periódico que, efectivamente, esto ya lo dijo alguien antes y que los que saben decían que ese era el año en que se acababa todo. Y otro día llegó Juana y dijo que ojalá, que ojalá, que ojalá, que ella quería que todo acabase y así elegir estar muerta como su hermano. Y luego llegó otro vecino que decía que sus vacas empezaban a hacer cosas raras y otro que sus perros ladraban al cielo por las noches y que eso solo podía significar que el mundo llegaba a su fin. Y los periódicos locales no ayudaban, porque llegaban titulares que decían que sí, que sí, que sí, que el mundo se acababa. Y entonces Esteban, el que me mató a la perra, apuntando al suelo con el fusil por primera vez, dijo que hacía demasiado calor para ser enero, que los ríos de arriba se estaban secando y que eso solo podía ser por el fin irremediable. Y el alcalde, que lidera las conspiraciones de todo tipo, decretó todo el año pasado, el dos mil doce, de luto oficial. Y yo les decía a todos, me preguntasen o no: «¡No sabéis de nada! Que este alcalde nos necesita centrados en tonterías como esa del fin del mundo para que no pidamos nada. Que el mundo no se acaba y que lo único que se acabará es este pueblo, como no espabilemos».

Seguro que usted hubiera dicho lo mismo. Pero entonces la vida se me empezó a atragantar. El nudo empezó a crearse y un incendio se asentó en mi tripa. Yo no sé, yo no sé si es solo mi mundo el que se ha matado este año que acabamos de dejar atrás o si el mundo se ha acabado solo aquí, en este pueblo chiquito. Pero la verdad es que, haciendo balance hoy, uno de enero de un nuevo año, puedo decir que el mundo se acabó ayer. Déjeme que le cuente.

El señor se pone la camisa y se levanta. No se vaya, le digo. Que tengo ganas de llorar, pero esto no se lo digo. Quédese un rato más, que yo sé dónde está su perro, y que solo podemos esperar, de verdad. Se lo prometo. Se lo juro. Me mira, me mira, no me mire así, le digo. Que, si usted se queda aquí, vendrá. Me mira, me mira, no me mire así, pero no se lo digo. Y se sienta de nuevo, porque él, de por aquí, no sabe nada, y ahora mismo, en esta primera tarde del año, con los crespones colgados de las casas a nuestras espaldas, yo soy la única persona que el señor tiene en el mundo y él es la única persona que yo tengo en el mundo.